

## El espejo del alma



Una forma de defendernos socialmente es el de disimular, disfrazar o encubrir con una máscara nuestros sentimientos. El rostro que ofrecemos al mundo exterior es raramente nuestro verdadero rostro.

En el metro, a las horas punta, estas máscaras son descuidadas por agotamiento y ahí nos mostramos tal como somos.

Sonreír no sólo es una manifestación de humor o de placer, sino también una justificación, una defensa y hasta una excusa. Cuando una persona se sienta cerca de usted en un restaurante lleno, una sonrisa dice: "no pretendo ser entrometido, pero éste es el único lugar vacío".

En un ascensor repleto, mi sonrisa dice: "No estoy siendo agresivo, pero discúlpeme de todas formas".

En un autobús, que frena de golpe y hace que tropiece con alguien, la sonrisa dice: "No tenía la intención de tropezarlo, discúlpeme".

En el trabajo sonreímos a los clientes, a nuestros jefes, a nuestros empleados; sonreímos a nuestros niños, a nuestros vecinos, a nuestros maridos y nuestras mujeres, a nuestros parientes, y muy pocas de nuestras sonrisas tienen algún sentido. Son sencillamente máscaras que usamos.

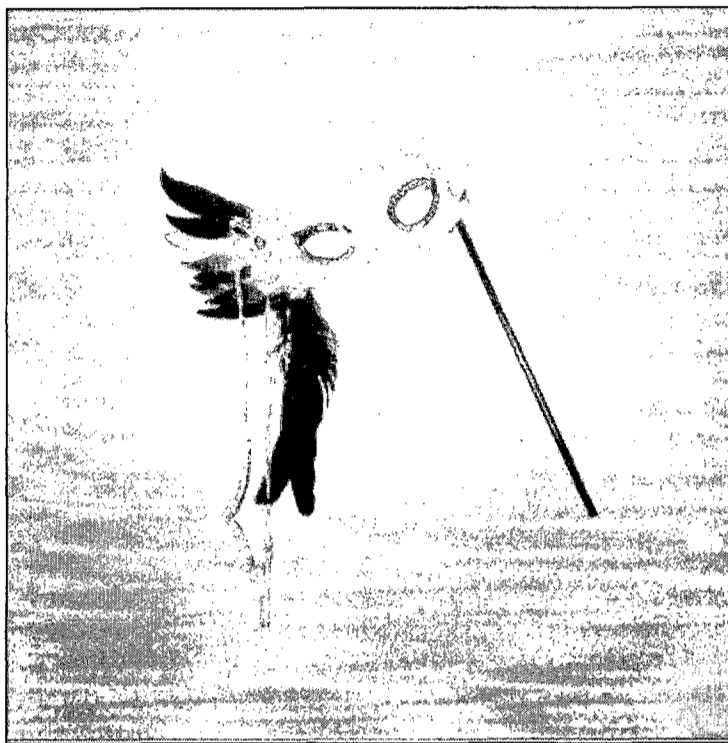
Nos enmascaramos, la ma-

yoría de las veces, con todo el cuerpo. Las mujeres aprendemos a sentarnos de cierto modo para ocultar nuestra sexualidad, especialmente cuando las faldas son cortas. Los hombres usan ropas interiores que muchas veces sostienen sus órganos sexuales. Las mujeres usamos sujetadores para mantener a los senos en su lugar y evitar un exceso de sexualidad.

En general, tenemos nuestras caras de reunión, nuestras caras de universidad y nuestras caras de funeral. En un libro de B. Phillips, llamado Etiquetas de Prisión dice que los nuevos presos aprenden a poner "cara de perro", con una expresión apática y sin carácter. Cuando están solos, sin embargo, en reacción contra esa expresión de protección que llevan puesta todo el día, se vuelven ultraexpresivos, exageran las sonrisas, las carcajadas y el odio a los guardias.

A medida que pasan los años, las máscaras que usamos se van volviendo más difíciles de llevar. A ciertas mujeres que confiaron en la belleza de la cara durante toda su vida, les parece duro por las mañanas "reponerse la máscara". El hombre viejo tiende a olvidarse de sí mismo y su cara se relaja. Con la edad surgen los tics, los mentones flojos, las arrugas que no se deshacen y los profundos surcos que no desaparecen.

Hay ciertas situaciones en las que la máscara cae; como sucede cuando estamos bien instalados en un coche, tren o autobús, pues nos sentimos lo bastante libres para dejar caer las máscaras y si alguien nos corta el paso o nos sigue demasiado cerca, somos capaces de emitir



oleadas de blasfemias, casi siempre, desproporcionadas. En el coche, conduciéndolo, nos sentimos como invisibles y por eso la necesidad de llevar una máscara, desaparece. El sacarnos la máscara nos enseña mucho sobre la necesidad de usarla.

El desprecio de los elementos corrientes de enmascaramiento como son los vestidos, del abandono del cuidado y la apariencia personal, es a menudo una de las más evidentes señales de que estamos a punto de caer en una conducta psicótica. En un instituto para enfermos mentales se relaciona la mejoría con un mayor interés por la apariencia personal.

La necesidad de enmascarse es en ciertos casos tan profunda que se impone automáticamente y resulta imposible dejarla caer. Hay situaciones, como

el intercambio sexual, en que se debería suspender el enmascaramiento, para poder disfrutar plenamente de hacer el amor y, sin embargo, muchos de nosotros sólo podemos desenmascarnos en la completa oscuridad. Tenemos tanto miedo de lo que podríamos revelar en nuestros rostros, que intentamos eliminar totalmente el aspecto visual del sexo y levantamos fortalezas morales para ayudarnos a hacerlo. "No es decente mirar". "Los órganos sexuales son feos". Para muchos otros ni siquiera la oscuridad es suficiente para que puedan sacarse la máscara.

En toda cultura hay momentos en que está permitido dejar caer la máscara. Los niños en nuestra sociedad son tratados a menudo como "no personas" y también los sirvientes. Sentimos que delante de esas personas no

es necesario usar una máscara. A los jefes no les molesta usar una máscara delante de sus empleados, ni la señora delante de una sirvienta, lo mismo que un padre delante de su hijo. Cuando se nos acerca un mendigo en la calle y no queremos darle nada, interesa pretender que él no está allí y que no lo vimos, nos colocamos firmemente la máscara, miramos para otro lado y pasamos rápidamente. Si nos permitiéramos sacarnos la máscara para ver la mendigo como un individuo, no sólo tendríamos que enfrentar nuestras conciencias, sino que nos dejaríamos expuestos a que nos importunara pidiendo, y posiblemente intentara avergonzarnos.

En algunos países orientales la técnica de enmascarse puede ser física. La costumbre de que las mujeres usen velos tiene esencialmente como objetivo permitirles ocultar sus verdaderas emociones y protegerlas así de las agresiones masculinas. El velo permite a la mujer ocultar la parte baja del rostro y cualquier expresión involuntaria de estímulo. En el siglo XVII las mujeres usaban abanicos y máscaras en la punta de una varilla con el mismo fin.

El gran problema que todos enfrentamos es que después de andar con una máscara durante toda una vida, no es fácil dejarla caer. El enmascaramiento de la oscuridad nos permite a algunos la libertad de hacer el amor sin máscaras, y la máscara del anonimato les da a otros la misma libertad.

Les deseo salud.

Larysa Blai

## KIOSKO

Santa Ana

Prensa - Revistas - Chucherías - Regalos - Peluches - Juegos - Bromas - Bolsas Cumpleaños - Piñatas

C/ Escultor Jamete  
Tel.: 969/22 12 17  
CUENCA